

SANTA CLARA ENTRE DOS AGUAS

(Otro capítulo del libro El Compás de Santa Clara, de próxima aparición)

Cronica de Las Merindades

Jesús Moya

¿Tengo sed? Me acerco al grifo y bebo. Este gesto de abrir una válvula, llenar un vaso de agua y beberla sin siquiera mirarla es tan ordinario, que algún lector se preguntará por qué empiezo así este artículo. Muy sencillo: voy a contar una historia de tiempos atrás, de cuando tener sed era un problema, bien por falta de agua, o porque beberla era peligroso. En ciudades y villas sobre todo, el remedio rápido para la sed podía ser un trago de leche o de vino, más raramente de agua, que la gente sólo bebía después de santiguarse y decir: "Que sea lo que Dios quiera".

San Francisco de Asís fue muy aficionado al agua limpia. En su 'Loa de las criaturas' alabó a Dios por "la hermana agua". Dicen que para asearse buscaba lugares de agua corriente no contaminada. En los primeros conventos de franciscanos y clarisas era importante la huerta bien regada, y en ella un espacio dedicado a jardín. Para hacernos idea, un buen sitio sería el monasterio de La Asunción en Castil de Lences, fundación muy antigua y con cierto parecido al Paraíso Terrestre. En Medina, el convento de San Francisco tampoco estuvo nada mal. A su huerta llegaban desde la presa de Pomar aguas copiosas y de primera calidad. La presa fue



► Monasterio Santa Clara

reconstruida y ampliada en 1531 con un gasto de más de 35.000 maravedís, cuyo reparto a tercios entre molinos, huertas y concejo no fue a gusto de todos. Pero esa es otra historia. De momento, ya había agua corriente, empezando por San Francisco.

¿Y Santa Clara? Este monasterio es hoy un lugar ameno. Sin embargo, mirando atrás en el tiempo, es difícil imaginar un convento peor situado: aguas abajo de una población con poco agua dentro de sus muros, con algunas industrias pequeñas, pero muy contaminantes, y a donde las acequias

llegaban cargadas del abono animal de las huertas. Cavar un pozo de los de antes, poco profundo, tampoco resolvía el problema.

En ciudades y villas sobre todo, el remedio rápido para la sed podía ser un trago de leche o de vino, más raramente de agua, que la gente sólo bebía después de santiguarse y decir: "Que sea lo que Dios quiera".

Retomemos cauce. A la altura de San Francisco se abría un canal, el Molinar, que servía a molinos y huertas, bordeando la villa por oriente, de

"¿A buscar agua? ¿y para qué?", se preguntaban aquellos varones de penetrante olor masculino.

"Nosotros no bebemos agua." En efecto, ellos percibían su ración de vino, que no andaba lejos de los 500 litros por barba y por año.

norte a sur al pie de la muralla, sirviendo luego al Hospital de la Vera Cruz y a Santa Clara, y de allí a particulares. Este cauce de poca pendiente iba recibiendo toda suerte de descargas lícitas y clandestinas. A la contaminación fecal y a la industrial de matarifes, curtidores, tintoreros etc., se sumaban prácticas abusivas, que convertían las acequias en albañales. Tanta inmundicia iba finalmente a parar al río Trueba, paciente depurador. Todo lo que fuese dar salida rápida a semejantes aguas ahorraba molestias y enfermedades, y estancarlas podía incluso ser delito.

El complejo de la Vera Cruz y Santa Clara recibía el agua por un mismo "reguero". El hospital, hoy en ruina, fue una fundación del primer Conde de Haro que empezó a funcionar a mediados del siglo XV, cuando las monjas llevaban más de un siglo. Se pensó para 20 pobres, de los cuales algunos fijos servían al resto. La gente les llamaba "cartujos", aunque ni siquiera eran religiosos con votos.

¿Fue buena idea la del Conde Velasco al ponerlos allí? A las clarisas no les hizo mucha gracia aquella vecindad masculina, que les dio más conflictos que ayuda, entre otras cosas porque toda el agua les llegaba a través del hospital. Todavía en 1606 veamos lo que cuenta un papel del Archivo de Santa Clara:

"En este monasterio residen 50 monjas nobles y de mucha



Garroña: Energía para la vida



calidad, en continua oración, religión y modestia. Sus abadesas siempre han sido hijas de la Gran Casa de Velasco, como ahora lo son dos hermanas legítimas de Su Excelencia. Y aunque tiene huerta suficiente para recreo de las religiosas en horas decentes, tienen grandísima necesidad de agua. La que tienen es muy poca, y les va por un reguero que pasa por el Hospital, con muy poca limpieza y menos seguridad. Porque los 'cartujos' que en él residen, cuando quieren la toman y quiebran (o cortan), y ellos allí se 'levan', y usan de otros ejercicios faltos de limpieza." Antes de seguir con la lectura, advierto que donde dice que aquellos inquilinos del Hospital 'se levaban', no es que se lavaban, sino todo lo contrario: sobre el reguero, de pie o en cuclillas, se aliviaban de sus apuros naturales, y eso a la vista de las monjas que con disgusto miraban por las celosías, sin poder evitar que semejante peste se les metiera en clausura.

Decididamente, en cantidad y calidad de aguas, Santa Clara no estaba a la altura social de las dueñas. La hermana agua era para ellas hermanastra impresentable, y no sólo por el uso que de ella hacían unos

pobretes poco finos, pues el reguero ya había pasado por otras huertas fuera de su vista, aunque no de su olfato. En vano los escritos insistían en la antigüedad del monasterio, y en los nobles apellidos de unas monjas "que son mujeres cerradas, que no pueden salir a tomar agua y lavarse la ropa". En cambio, los cartujos del hospital "son hombres y gente pobre, gente baja y acogida de limosna, que si les faltara el agua podían salir a buscarla." "¿A buscar agua? ¿y para qué?", se preguntaban aquellos varones de penetrante olor masculino. "Nosotros no bebemos agua." En efecto, ellos percibían su ración de vino, que no andaba lejos de los 500 litros por barba y por año.

Bien, ya nos hemos hecho una idea de la calidad de las aguas entrantes. Veamos ahora qué ocurría a la salida. Porque el reguero, naturalmente, no moría en la huerta de Santa Clara.

Pues bien, cuando el hortelano de las monjas se desvivía por dar curso rápido a aquella peste, he aquí que a la salida se formaba con regularidad un estanque ¿Cómo así? Sencillamente, detrás del sangradero de salida un medinés, Pedro Pereda, barbero por



► Cauce molinar que se adentraba en el Monasterio

más señas, se había acomodado una huertecita donde, como dice la denuncia, "de poco tiempo acá, clandestinamente y por molestar ciega el arroyo y estanca el agua para regar su pieza". El listillo, con poco trabajo, lograba así una cosecha de nabos de campeonato, sin importarle nada que el agua hiciera "receja atrás", causando gran hedor y aun peligro de derrumbe del muro, en aquella minúscula y fétida Venecia.

El mayordomo de Santa Clara, señor Revilla, puso todo ello en conocimiento del al-

calde de Medina, el "Magnífico Señor" don Gregorio Quintano, quien muy en estilo de época visitó en persona los lugares para obtener informes directos de sus sentidos corporales.

Del doble problema, el de salida tuvo solución más fácil. Pereda quedó advertido para no impedir el libre curso de las aguas. Con la entrante en cambio no se llegó a nada. Y en cuanto a los cartujos, ya se sabía que eran gente de poca clase, y todo indica que siguieron 'levándose' como toda la vida.

Ahora bien, si algún lector se figura que el Pereda quedó escarmentado, demuestra no conocerle, porque volvió a las andadas. Recordemos que tanto los cartujos como las clarisas utilizaban los servicios de un barbero: ellos para la "rasura" o afeitado de cabeza, y ellas para las sangrías, obligatorias entonces tres o cuatro veces al año en todos los conventos de monjas y frailes. Si su barbero era Pereda, eso explicaría la confianza, y más aún si se le debía algún atraso. Lo cierto es que tres años después aquel taimado volvía a engordar sus colinabos con el mismo riego fecal, y los mismos actores - mayordomo, alcalde, escribano, testigos- reponían la misma comedia.

San Francisco y santa Clara en el alto cielo dirían más de una vez: "Ya te avisamos, Señor, que ese lugar es un poco ruin para clarisas." De todas formas, el convento disfrutó de una alberca hermosa de mampostería en la huerta, y tuvo lavadero propio, atendido por lavanderas a sueldo, según era la costumbre de entonces, tratándose de "señoras de calidad". En cuanto a la sed, qué remedio: de lo tinto, como todo el mundo. Mejor eso que no morir de tifus.

SAN ISIDRO 2007

MEDINA DE POMAR

ACTIVIDADES MES DE MAYO

- OPERA PARA NIÑOS
- ACTIVIDADES MUSICALES
- DEPORTES
- Y MUCHO MAS ...

ACTIVIDADES DIA SAN ISIDRO

- VERBENAS
- TOROS
- PARQUE INFANTIL

Ilmo. Ayuntamiento de Medina de Pomar